

LIBROS

EDUARDO LIZALDE

Nuevo arte de amar

Gonzalo Rojas, *Diálogo con Ovidio*, Aldus, México, 2000, 117 pp.

Material explosivo, pero luminoso y numinoso —como él dice— es el material que brilla en todas las páginas de este libro de Gonzalo Rojas. Un diálogo con el autor de *Las tristes* y *Las Pónticas*, trazado con vigor y libertad pulquérrimas, como de un solo golpe, y entonado sin pausa, en un solo aliento, como el de los cantores dotados para emitir la voz por encima de los ciento veinte decibeles en salas mayúsculas de concierto.

Leyendo “en romano viejo, cada amañecer” a su “Ovidio intacto”, como dice el poeta, nos entrega aquí este nuevo, inimitable, irreplicable *Ars Amandi* moderno, en que se confunden con alegría y con furia las visiones, las voces, las imágenes del universo entero, de Platón o Wittgenstein, de Safo, de Anacreonte, de Catulo y Propertio, a Hölderlin y Novalis, y de ellos a Breton, a Mallarmé y a Pound, y a Borges y a Neruda, y a Vallejo, que le dio “el tono” desde la juventud, como también confiesa el poeta.

Este último pasmoso libro de Gonzalo Rojas es un sólido tejido de lenguas y de poéticas de todos los confines y territorios en que ha puesto los ojos y los pies. Un complejo muro deslumbrante en que pueden registrarse los diversos estratos de sus vastas lecturas, sus pasiones esté-

ticas y eróticas a flor de piel. Un himno a la belleza del mundo expresado con la libérrima furia verbal de este mortal orgulloso y jubiloso que es el gran poeta chileno.

Hölderlin fue el último que habló
con los dioses
yo
no puedo...

Pero leyéndolo, en este libro y en otros, uno siente la impresión de que sí puede, de que ha logrado con fortuna hablar, y de tú a tú, por lo pronto con los dioses vivos de la literatura, que han sido sus ilustres, conocidos y reconocidos amigos y contemporáneos, los Neruda, los Borges, los Cortázar, los Octavio Paz, los Parra y tantos otros.

Y también parece, sin ser deísta, que ha logrado hablar con las imaginarias divinidades de las religiones y las mitologías, él, metafísico y dionisiaco, pero inteligentemente liberado de esa pesada retórica, propia de los telúricos liridos americanos (algunos grandes, hay que reconocerlo) que cantaron hasta la saciedad las glorias del Momotombo, el Aconcagua, el Popocatépetl y la Revolución.

No se puede acerca de su *Diálogo con Ovidio* decir más de lo que el libro dice, volcado él mismo sobre su lectura, como un pensante espejo frente a otro. Tal pa-

rece al leerlo que todo lo viejo, y todo lo moderno y parte de lo por venir está expresado de insuperable modo en estos poemas. Como que —bien lo sabe el autor desde el principio— la única forma de no ser libresco que un poeta tiene a su alcance, consiste en atenerse, sin reparos ni tapujos académicos o morales, a las anfructuosidades, tiempos, timbres y armonías de su habla personal, contada en ella tanto el “romano viejo” como las rasposas jergas arrabaleras de cualquiera lengua y de cualquier país.

La primera tentación que yo sufro ante este libro no es la de escribir algún sesudo ensayo sobre la materia, sino la de ponerme a leer en voz alta sus versos. Pero, como bien lo dice Gonzalo en su presentación de 1997 en Valparaíso, “[...] la poesía [...] debe leerse en su aire y su respiro, o simplemente no leerse. Lo penoso es que la oreja no alcanza a ver, y además nadie sino el poeta dispone en este caso de la partitura”.

Así, dejemos siempre al *miglior fabbro* y mejor cantor leer él mismo sus poemas como sabe hacerlo, él que posee la partitura y conoce los códigos para descifrar esa compleja maraña de hiatos y de sinalefas, de acentos tónicos y de juegos métricos que conforman el ritmo de sus exactas arquitecturas sonoras. —

— *Texto leído en la presentación del libro en la Casa Refugio Citaltepetl, de la Ciudad de México.*

JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

El peregrino errante

Francesco Varanini, *Viaje literario por América Latina*, El Acanalado, Barcelona, 2000, 831 pp.

Francesco Varanini, nacido en Pisa en 1949, es, entre otras cosas, antropólogo, periodista y especialista en informática. Sus actividades le han llevado a América Latina y a su literatura. Su bagaje no es, pues, el de un experto, sino el de un experimentado viajero y lector que ha decidido expresar su peculiar experiencia en este *Viaje literario por América Latina*.

Nos encontramos pues ante un libro inusual y polémico, un estudio peculiar que es asimismo una narración, una crónica en la que entran múltiples registros, todos ellos alejados de la sequedad académica y de la complacida complicidad del crítico, con frecuencia más atento al autor que a los lectores. Una exposición enriquecida con interesantes lecturas de escritores ingleses e italianos que incorpora en una compleja red de relaciones y comparaciones, a veces llevadas a extremos discutibles. Hay asimismo percepción crítica, sensibilidad, inteligencia, pasión y una audacia que no rechaza la arbitrariedad ni las contradicciones. Los defectos de este libro son el inevitable precio que hay que pagar para desarrollar sus múltiples virtudes. Varanini dice cosas que nadie se ha atrevido a decir y otras que no debería haberse atrevido a decir. Los estudios literarios están regidos por una serie de principios que Varanini, con su inconformismo, ha roto. En los mejores momentos del libro, vemos un nuevo orden atractivo y estimulante; en no pocos momentos, nos sentimos perdidos en un mar de escombros.

La introducción apunta a una serie de

centros: un intento de rectificar el orden jerárquico del canon literario latinoamericano, un ataque a la visión tópica y exótica de lo caribeño, un ataque también a la retórica, en defensa de la transparencia expresiva o del barroco necesario como el de Lezama Lima; asimismo, una crítica al comunismo y, más concretamente, a la revolución castrista. A estas razones estéticas e ideológicas se añaden otras de tipo ético, con una decidida condena a los escritores con éxito y una decidida simpatía por los malditos o las propuestas contraculturales. Esto le lleva a referencias personales posiblemente ciertas pero no por ello menos vejatorias, como acusar a García Márquez de *parvenu* y palurdo.

Es posible compartir muchos de los juicios radicales de Varanini y es de agradecer que se haya atrevido a decir por escrito lo que muchos nos limitamos a pensar. Paradójicamente, aceptamos sus “insensatos” juicios pero no siempre podemos aceptar los procedimientos, pues se apoya en tesis que son inaceptables y hasta tramposas. Varanini escribe páginas espléndidas sobre “viajeros” europeos como Malcolm Lowry o Ana María Ortese, pero al afirmar que “América Latina ha sido forjada por europeos” parece negar que exista una realidad americana e implicar que esta realidad es inevitablemente exótica. De este modo, García Márquez “se mantiene latinoamericano hasta la médula, hasta el estereotipo”, y con García Márquez (llamado sistemática e irritantemente Márquez), “Fuentes, Carpentier, por no hablar de Isabel Allende y Luis Sepúlveda, nos inducen a engaño”. Y este crítico radical repudia todo radicalismo político con pe-

nosas generalizaciones o simplificaciones sobre “los intelectuales de izquierdas”. Me parece contradictorio e incluso deshonesto evitar todo discurso literario explícitamente político y al mismo tiempo hacer una crítica literaria condicionada por razones políticas.

El peor defecto de este libro es, precisamente, que el rechazo a ciertas actitudes lleva a Varanini a elogios inmerecidos. Es decir, en su intento por rectificar el canon literario crea un canon alternativo todavía más arbitrario. Los ataques más feroces son a García Márquez, figura que aparece obsesivamente a lo largo del larguísimo libro, a Fuentes o a Carpentier. Insisto en que esta tarea desmitificadora es estimulante, pero el comedimiento le habría añadido rigor. Como contrapartida, los elogios a un solo libro de Jorge Edwards, *Persona non grata*, resultan desmedidos, y el hecho de que sea “un antídoto contra la mitología revolucionaria” acaba por convertirse en la verdadera razón que le lleva a afirmar que “vale más que cien novelas”. Una razón claramente ideológica, no literaria.

Los mejores capítulos son los dedicados a escritores que han atraído a Varanini por sus méritos literarios o artísticos: los dedicados a Cortázar, a Borges, a Carlos Gardel, a Malcolm Lowry, a Ana María Ortese y, sobre todo, el espléndido retrato de Felisberto Hernández y el no menos espléndido análisis de su relato “El cocodrilo”.

Viaje literario por América Latina cautiva por la contundente originalidad de sus planteamientos, convence por sus propuestas estéticas y estimula por su afán polémico y desmitificador. Al mismo tiempo, irrita por sus obsesivas reiteraciones, sus arbitrariedades, sus trampas ideológicas, y por la falta de una verdadera visión de conjunto de los escritores más criticados. En todo caso, virtud poco común en un libro de estudios literarios, su lectura no nos puede dejar indiferentes. —

www.letraslibres.com

ADRIANA JIMÉNEZ GARCÍA

La historia conjetural

Jorge Edwards, *El sueño de la historia*, Tusquets, México, 2000.

El discernimiento, antídoto contra los poderes hipnóticos del olvido y del fanatismo, configura la obra de Jorge Edwards (Chile, 1931) en una alerta constante contra los excesos homicidas de la ultraizquierda y la ultraderecha. Es, también, la razón que se interroga a sí misma, capaz de cuestionarse y sobrepasar sus arrogancias simplificadoras al punto de anular conceptos como el de sucesión lineal del tiempo.

Desde la publicación de su primer libro, *El patio* (1952), la voluntad de Edwards por transitar la memoria individual y colectiva ha ido reafirmandose para llegar al libro que mejor ilustra su poética hasta ahora: *El sueño de la historia*, cuya publicación en abril de este año coincidió con la entrega del Premio Cervantes 1999 en España.

Experto en censura según él mismo —por *Persona non grata* (1973) el castrismo lo repudió y *El origen del mundo* (1996) le valió la condena de la Iglesia—, el escritor reafirma en *El sueño de la historia* la visión crítica que ha ejercido en sus memorias, sus novelas, sus cuentos, sus ensayos y sus crónicas en contra de “lo peor de la izquierda, con su sectarismo, su lloriqueo, sus ojos iluminados, su vocación de martirio, y lo peor de la derecha, con su crueldad, su insensibilidad, su ceguera, su integrista”. Los ácidos señalamientos que lo convirtieron en piedra de escándalo con *Persona non grata* y *Adiós, poeta...* (Premio Comillas 1990) ilustran la tesis borgiana de los muchos tiempos paralelos que reverberan en un mismo presente. La amenaza del Estado

policíaco y totalizador continúa en la transición hacia el siglo XXI. Edwards nos recuerda que es preciso resistirse al adormecimiento autocomplaciente.

Las herramientas del escritor, tan atacado por su mesura, son las de la inteligencia. En *Adiós, poeta...* refiere de qué se le acusa: “Este Edwards no quiere pelear”. En esa facultad de emitir ideas claras y distintas funda su ética y su estética, que lo llevan a explorar las genealogías, a indagar en los orígenes y a responsabilizarse por la exhumación de personajes, situaciones, datos perdidos o deformados por la tentación de sumergir en una bruma confortable las nociones de un pasado difícilmente glorificable. La Historia se plantea como estupefaciente y la recuperación de las mínimas epopeyas, de las insignificantes catástrofes personales, como una forma de volver al estado de alerta.

Edwards se sumerge en dos momentos del pasado y en un ejercicio de desdoblamiento múltiple experimenta el Tiempo: *El Sueño...* transcurre en *El jardín de senderos que se bifurcan*. Borges es parte esencial de su genealogía literaria latinoamericana, junto al venerado y cuestionado Neruda de su juventud.

En *El sueño...* asistimos a dos etapas terminales en la historia de Chile: los últimos años de la Colonia y los últimos días de la dictadura pinochetista. El escritor concibe al Narrador como un *alter ego* distante, a quien escruta con frecuente asombro y de quien no sabe demasiado. Recién llegado del exilio, con la erosión de toda clase de decepciones, se reencontra con su padre y su hermana, defensores del gobierno militar, con la que fuera su mujer, comunista recalci-

trante, y con su hijo, quien participará en una manifestación, será acosado por la dictadura y finalmente emigrará al Brasil para regresar después convertido en un rico ¿yupi?, ¿guerrillero?, ¿narcotraficante?, ¿las tres cosas?

El Narrador alquila la casa de un historiador muerto, en donde encuentra toda clase de documentos sobre Gioachino Toesca y Ricci, ingeniero militar y arquitecto, alférez de los ejércitos reales, quien edificara, entre otros recintos históricos, la Casa de la Moneda, emblemática en la historia de Chile. Conoce también la existencia de Manuela Fernández de Rebolledo y Pando, legítima y adúltera esposa del italiano, quien trataría de envenenarlo y se evadiría de varios encierros conventuales para dar rienda suelta a su lujuria y poner su matrimonio en la mira de la Santa Inquisición.

Edwards va imaginando las intrigas de ambas historias en sus respectivos escenarios: sus vicios gemelos, sus iguales torpezas, sus paradigmas. Si Cristina pertenece a la especie de “los dogmáticos, los discutidores eternos, los revolucionarios autoproclamados”, don José Antonio de Rojas —involucrado en una conspiración para derrocar a la Corona— “no es un tonto grave, pero es un inteligente que lleva el lastre de no pocas ingenuidades y de algunas evidentes tonterías”.

La trayectoria literaria de Edwards, diplomático y escritor, posee un cariz de intensidad oscura. Sus pasiones están donde está su razón: en la política, en la historia, pero cuando aborda al hombre abismado en la tiranía de su propio cuerpo muestra una penetración notable en las complejidades del animal humano. Ya en *El peso de la noche* —designado como el mejor libro de 1965 por la crítica chilena— se habían esbozado las posibilidades de la culpa como acicate del deseo; el joven Edwards testimonia los dolores de crecimiento de un adolescente educado en el catolicismo. Aquí aparecen ya los primeros indicios de la posición cuestionadora y el erotismo atormentado que reaparecerán en *El sueño de la historia* y *El origen del mundo*, donde se ilustra el mecanismo de los celos como potenciador

del placer. Edwards acierta en la tarea de diseccionar con paradójica compasión la lógica *voyeurista* del triángulo amoroso, en la que no posee el cuerpo deseado sino por interpósita persona. Las páginas más logradas de *El origen...* recuerdan la satisfacción vicaria de los personajes de Bataille o Klossowski; en *El sueño...* la naturaleza amorosa de Manuelita contiene una posibilidad amarga de goce para su víctima, pero también es una alegoría: la Fernández representa “el lado placentero, pero no menos engañoso, tramposo, del tan mentado Nuevo Mundo [...], una trampa movidiza, de colores varios, y él se había dejado arrastrar”.

El Narrador, irremediamente lúcido, trabajado por la vida, húmedo de alcohol, sólo se aventura a intuir. El escritor no es menos precavido al desdoblarse en el Narrador y en los personajes que éste inventa y recrea en una continua metamorfosis. Irónico y escéptico, en su indagatoria es un fluido que se vierte en cada personaje, en cada molde construido a fuerza de conjeturas, proyecciones de sus propios fantasmas. En *El sueño de la historia* Edwards descrece del principio de identidad, y también de la evolución. Los varios Ignacios de la saga pueden ser uno solo que habita un tiempo circular: Ignacio, el abuelo católico y reaccionario; Ignacio Segundo o Ignacio el Inútil, ex comunista y ateo; Ignacio chico, el Nacho, inconforme pero profundamente creyente; Ignacio Andía y Varela, escultor de querubines catedralicios; José Ignacio de Santa María, alumno de Toesca, quien termina desposando y padeciendo a la viuda ingobernable.

Novela histórica, crónica de tiempos lejanos y ayer todavía muy recientes, *El sueño de la historia* recapitula vocaciones y devociones: Edwards es aquí historiador y arquitecto, además de novelista, y su obsesión por el tiempo es un tributo a uno de sus antepasados literarios. “Soy yo, soy Borges”, dice en las primeras páginas. *El sueño de la historia* es en gran medida un diálogo entre el chileno y el argentino. Para Borges “la memoria es individual. Nosotros estamos hechos, en buena parte, de nuestra

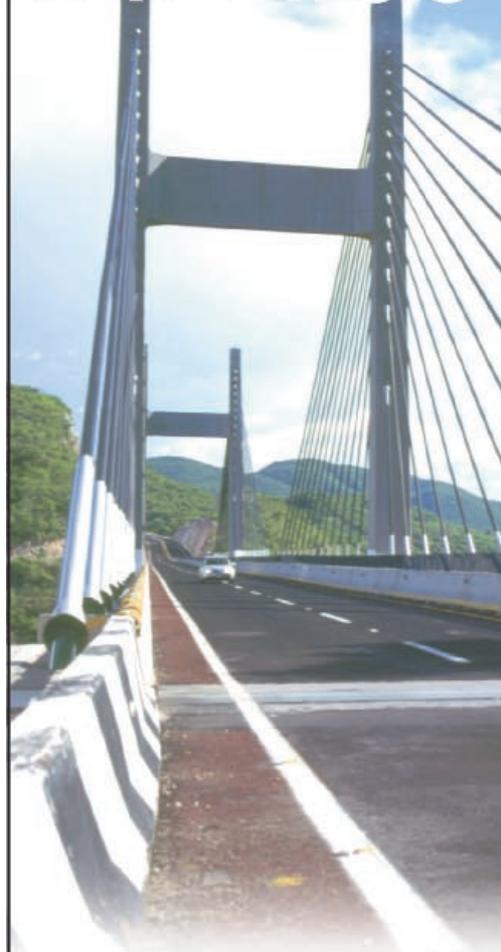
memoria. Esa memoria está hecha, en buena parte, de olvido”. Edwards repite casi con las mismas palabras: “El hombre es historia, es memoria y es, a la vez, como se sabe, desmemoria. Hay una dosis saludable de olvido, ya que la memoria perfecta, la de Funes el memorioso, nos agobiaría y al fin nos destruiría”.

Mientras la Manuelita fornicaba con su amante, el Narrador pide a su ex mujer le permita regresar con ella y así deviene Personaje. Al mismo tiempo que se gesta la conspiración antirrealista de los tres Antonios en las postrimerías de la Colonia, el Narrador, su ex mujer y su hijo se preparan para la manifestación del primero de mayo. Todos ellos, en sus respectivos tiempos, son uno y el mismo. Muy bien pudiera Borges haber escrito esta línea de Edwards: “la verdad es que ese ‘yo’ del relato, que para colmo de la impudicia se llama Jorge, no soy yo. ¿Quién es yo, por lo demás?”

La entrega del Premio Cervantes y la publicación de *El sueño de la historia* son, pues, manifestaciones de una misma realidad, y esa realidad es la madurez de quien se ha aplicado con igual fervor a las letras y a la política, en el ejercicio del libre albedrío. Edwards ha debido emitir varias veces su declaración de independencia. En *Fantasmas de carne y hueso* (1993) reivindica su derecho a “recuperar determinadas aficiones estéticas e indumentarias de su familia sin necesidad de adoptar la ideología. [...] Uno escribe a partir de ciertas obsesiones personales. Cuando esas obsesiones coinciden con algunas de las grandes inquietudes de un momento histórico, el resultado puede ser una obra de arte duradera. El artista pasa en esos casos a interpretar su tiempo”.

En *El sueño de la historia* la escritura, cuidadosa y deliberadamente hurtada al ornamento, ha eclosionado en momentos deslumbrantes, jugosos, vívidos. Se trata de una obra en la que conviven la avidez, el ardor y el juicio de quien ha tratado con lo más representativo del bestiario ideológico de Latinoamérica y ha vivido para contarlo.—

Disfruta México



Capufe opera una amplia
red de autopistas y puentes,
para tu mayor comodidad



<http://www.capufe.gob.mx>

BANOBAS
BANCO NACIONAL DE OBRAS Y SERVICIOS PÚBLICOS, S.N.C.

WILLIAM B. TAYLOR

Santos en disputa

Antonio Rubial García, *La santidad controvertida: Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, UNAM/FCE, México, 1999.

Hace casi veinte años Antonio Rubial se trazó un proyecto como historiador: la Iglesia era una “institución fundamental” en “la conformación de la sociedad virreinal”, y se propuso estudiar sus múltiples aspectos. Ha mantenido la convicción de que la Iglesia es fundamental para entender la historia de México, y continúa dedicado a la tarea de estudiarla. El interesante planteamiento que hace del periodo colonial, habla de nueva cuenta de “una realidad rica y compleja que marcó profundamente a nuestro país, porque sentó las bases de lo que somos”. En este trabajo describe el poder económico, político y social del clero, aunque le atribuye un sentido cultural más penetrante: “La Iglesia, al controlar las manifestaciones de la religiosidad y al definir los valores sociales, se convirtió en rectora de las conciencias”.

En los años transcurridos entre estas dos interesantes afirmaciones de la importancia de la Iglesia y la religión en la historia de México, Antonio Rubial se dedicó a cumplir su promesa con un caudal cada vez más voluminoso de libros y artículos. Estos trabajos se caracterizan por una agudeza para encontrar fuentes primarias; un interés funcionalista en las aplicaciones sociales de las ideas, las agrupaciones de personas y la cultura material; la especial atención concedida a la cultura y la sociedad “barrocas” (de 1580 a 1740, aproximadamente), así como a la forma en que el pensamiento y la práctica religiosa se iban americanizando (sobre todo, volviéndose criollos). Se trata de un conjunto impresionante de trabajos por su alcance y calidad. Su penetración informa y discute, establece nuevos

vínculos y presenta fuentes novedosas.

En 1989 publicó un estudio de la función social y económica de los conventos agustinos de la Nueva España en el siglo XVI y principios del XVII. En 1990 publicó otro libro sobre los agustinos, a partir de un tesoro de manuscritos que descubrió en el Archivo General de Indias, en Sevilla. En este caso estudió la americanización de esa orden durante el siglo XVII, cuando dos frailes criollos “monarcas” subvirtieron el sistema de alternancia conforme al cual los frailes criollos y los peninsulares debían turnarse en la dirección de los asuntos de la provincia. Además está la compacta bibliografía de la vida religiosa, un estudio de la ideología franciscana desde la Edad Media hasta la evangelización de la Nueva España, y dos libros sobre iglesias barrocas famosas (la Capilla del Rosario de los dominicos, en Puebla, y la cercana iglesia de Santa María Tonanzintla). En 1996, para degustar el deseo, el amor y el poder en el México colonial, incursionó en la ficción histórica con un relato sobre una monja de fines del siglo XVII. Aunque se trata de una novela, *Los libros del deseo* parte de un voluminoso manuscrito de un caso contra Sor Antonia de San José, monja profesa del convento de Jesús María, que el autor descubrió también en Sevilla. Posteriormente publicó un estudio preliminar de una nueva edición de la *Historia eclesiástica indiana* de Gerónimo de Mendieta; una pequeña obra muy descriptiva de los sitios de reunión de las personas en la Ciudad de México en el siglo XVII, *La plaza, el palacio y el convento*; así como una serie de artículos sobre lo milagroso, lo santo y lo gráfico en la vida religiosa de la Colonia.

En *La santidad controvertida*, su libro mejor logrado hasta la fecha, la búsqueda de Antonio Rubial de lo espiritual y lo institucional toma un nuevo rumbo. A primera vista parecería tratarse de un giro perverso

so hacia los bordes exteriores de la vida religiosa y la memoria histórica. Ahí desempolva una bibliografía hagiográfica oscura y en gran medida olvidada de los siervos de Dios, hombres y mujeres alguna vez reverenciados que no alcanzaron un pleno reconocimiento oficial de héroes espirituales, a través de la beatificación o la canonización. El libro congrega a ermitaños, mártires, monjas, misioneros de las fronteras y un polémico obispo. Quizá en nuestros tiempos se les haya olvidado, pero Rubial demuestra que la forma en que fueron recordados en los siglos XVII y XVIII como figuras ejemplares puede ser un elemento fundamental para su análisis de los significados de la ortodoxia y la Iglesia como “la rectora de conciencias”.

En distintos momentos se invoca a Michel de Certeau, y se entrevé una preocupación foucaultiana por la creación y manipulación del conocimiento, así como por el poder totalizador del Estado, pero la atención de Rubial a la hagiografía no constituye sobre todo un ejercicio posmoderno de deconstrucción de un discurso y desenmascaramiento del poder. Se considera un profesional más tradicional de la “historiografía científica”, que se ocupa de una bibliografía olvidada y otros elementos asociados a personas alguna vez reconocidas como santas, por lo que expresan de la vida social y espiritual del pasado. Las hagiografías se leen en forma crítica como textos, sobre todo en el contexto de las campañas de promoción para alcanzar la beatificación e inculcar valores morales, pero *La santidad controvertida* sigue siendo obra de un historiador. Distingue en su periodo “barroco” los relatos entretreídos del cambio y la continuidad, en el seno del gran tema de una sed insatisfecha de lo sacro, ya sea en las vidas ejemplares y la purificación espiritual o en el poder de talismán de los restos físicos de las personas santas.

En todos los capítulos de este relato hay pautas cronológicas peculiares. Por ejemplo: el periodo 1580-1650 como “época de oro de los ermitaños”; el decenio de 1630 como hito social y espiritual; una cronología de la política de beatificación; así como una nueva clase de mártir misione-

ro como candidato a beatificación surgió en la Nueva España a fines del siglo XVII (el “mártir entre los bárbaros” que sustituía al “modelo de Japón”).

Una de las sorpresas es la importancia de las reliquias asociadas a esas personas santas, pese a la falta de santos novohispanos oficiales y a la fama limitada de los siervos de Dios americanos más allá de sus diócesis y sus lugares de origen (con la reveladora salvedad de fray Antonio Margil de Jesús). Pero resulta difícil concebir que las reliquias asociadas a los escasos siervos de Dios semioficiales de la Nueva España se aproximaran siquiera al alcance y profundidad de la devoción a reliquias asociadas a la plétora de santos oficiales de Europa en esa época. En el siglo XVI Roma era una auténtica ciudad de reliquias. Se pensaba que los millares de altares de la Ciudad Eterna alojaban los cuerpos de San Pedro y San Pablo, las cabezas de San Lucas el Evangelista y San Sebastián, el brazo de José de Arimatea y el rostro de Cristo impreso en el manto de la Verónica. También ahí estaban la punta de la lanza que perforó el costado de Cristo, un trozo de la cruz verdadera, la cabeza de una de las flechas que hirieron a San Sebastián, la mesa en que se sirvió a Cristo y sus discípulos la última cena, una de las treinta monedas de plata pagadas por la traición a Cristo, las cadenas que ataron a San Pablo, la escalera por la que subió Cristo a la casa de Poncio Pilatos, dos espinas de la corona de Cristo, y muchas más. La Ciudad de México y Puebla, principales centros de lo sacro en la Nueva España, tenían pocas reliquias, oficialmente certificadas o no. Se dependía más bien de *imágenes* renombradas de María y de Cristo para mediar con lo divino, y de la presencia viva de cristianos ejemplares, en especial de las monjas y las beatas de Puebla de los siglos XVII y XVIII.

La santidad controvertida se propone establecer un diálogo entre la ideología y la política de la élite encapsuladas en las hagiografías coloniales y la devoción popular a esas personas santas. A veces es posible, en efecto, entrever un interés popular que rebasa un poco lo que afirman los hagiógrafos de esa popularidad. Por

ejemplo, un edicto de la Inquisición del 15 de julio de 1653, que prohibía los retratos e ilustraciones de Juan de Palafox y Mendoza, indica la veneración popular de este antiguo obispo de Puebla que no había sido beatificado, adversario de los jesuitas mucho antes de que los realistas de los Borbones lo adoptaran como prelado modelo. Una circular de la Inquisición, de 1691, que reiteraba la prohibición de las imágenes de Palafox, indica que esa práctica persistía y no podía suprimirse con un gesto burocrático. Pero en general las hagiografías y registros dispersos de la administración colonial que aparecen en las notas de pie de página apenas si proporcionan un eco lejano y atenuado de lo popular. El resultado es sobre todo un monólogo de la alta religión, expresiones institucionales o criollas de vidas cristianas ejemplares, así como una impresión de la Iglesia institucional como “un aparato represivo que controlaba las manifestaciones populares y que frustraba cualquier intento devocional que no se sujetara a las normas de la religiosidad oficial” (p. 52).

El ajuste a veces inexacto entre las fuentes y el propósito admirable de este libro de recuperar algo de un pasado espiritual olvidado, a la vez que de un pasado institucional, quizá explique sus pensamientos iniciales y conclusivos sin resolver. *La santidad controvertida* comienza con la idea de que los mexicanos están sumergidos en una mitología nacionalista de héroes seculares (mitología memorablemente reiterada todos los 16 de septiembre, los 5 de mayo y los 20 de noviembre), pero que ha olvidado a los héroes espirituales. La conclusión es que a la mitología mexicana se le ha despojado del “elemento religioso” (p. 11), se ha negado esa parte del pasado. Las palabras finales vuelven a este tema de la pérdida, con un palpable suspiro por el empobrecimiento espiritual de nuestros tiempos (“la pobreza espiritual que vive nuestro tiempo”).

Al autor le parece que el inicio del fin de esta memoria social arraigada en la religión, si no es que el fin mismo, viene del racionalismo europeo que irrumpió en la Nueva España aproximadamente después

de 1750 y del poder de la Iglesia institucional para eliminar la devoción popular a los santos no oficiales. Esta amnesia parecería aplicarse a algunos, en especial a los criollos liberales prominentes y a los intelectuales peninsulares de fines del siglo XVIII y estadistas nacionales desde la Reforma, pero ¿quiénes más lo aceptarían entonces y ahora? En la Ciudad de México, en el decenio de 1920, Edward Weston advirtió que las celebraciones religiosas más importantes seguían opacando a las del 16 de septiembre. ¿Quiénes eran esos entusiastas participantes de la memoria espiritual y qué pensaban? ¿Y las muchedumbres de peregrinos de hoy que acuden a los santuarios de San Juan de los Lagos (Jalisco), Magdalena de Kino (Sonora), Plateros (Fresnillo, Zacatecas), El Pueblito (Querétaro), Jacona (Michoacán), Otatitlán (Veracruz), Izamal (Yucatán), Ocotlán (Tlaxcala) o Chalma? Sin mencionar a los millones que van al Tepeyac para adorar a Nuestra Señora de Guadalupe. ¿O los millones que vieron al Papa Juan Pablo II y buscaron su bendición en sus numerosas visitas a México?

Se ha deslavado el recuerdo de Gregorio López, Bartolomé de Torres, Sor María de Jesús y Bartolomé López desde el periodo colonial, pero me pregunto si se trata de una medida del empobrecimiento espiritual de México. Antonio Rubial muestra que estos relativamente pocos siervos de Dios coloniales, cuyos devotos eran regionales, sobre todo urbanos, perdieron gran parte del interés que despertaban en el siglo XIX, pero la atracción de los lugares sacros y las imágenes milagrosas no parece haberse desvanecido con ellos. Y algunas nuevas personas santas han congregado seguidores como los siervos de Dios de la Colonia, sobre todo en el norte. Por ejemplo, la Santa de Cabora y el Niño Fidencio. Si a finales del siglo XX parece haber un agudo empobrecimiento espiritual, quizá tenga más que ver con los penetrantes cambios demográficos y socioeconómicos de fines de siglo y con un punto de vista de la gran ciudad capital de México, que con el racionalismo dieciochesco. —

— Traducción de Rosamaría Núñez

JUAN MALPARTIDA

Luz en la sombra

José Lezama Lima, *Poesía completa*, prólogo y edición corregida y aumentada de César López, Alianza Editorial, Madrid, 1999, 590 pp.

José Lezama Lima (La Habana, 1919-1976) ocupa un lugar singular en las letras de lengua española; por un lado es autor de una obra compleja, que abarca la poesía, el ensayo y la novela, llevada a cabo desde una actitud profundamente coherente, uno de esos desarrollos, lentos y esperanzados en el futuro, al que sólo encontramos semejanzas en Goethe o en Proust; por el otro, esa obra enlaza con nuestra literatura barroca, especialmente con Góngora y con cierto Quevedo, y complementariamente con la tradición mística de orientación cristiana. Este misticismo, hay que señalarlo inmediatamente, no supone ningún ascetismo sino un acercamiento a lo absoluto a través de la imagen, es decir, de la proliferación metafórica que se propone como misión (desde su primer poemario *Muerte de Narciso*, 1937, al último, *Fragmento a su imán*, 1977, pasando por esa "novela" monumental e irreductible que se llama *Paradiso*, 1967) "empatar o zurcir el espacio de la caída". A diferencia de Eliot, que pensó en la vía ascética como respuesta a la culpa original, Lezama propone el ágape de la imagen: banquete de metamorfosis. La publicación de la *Poesía completa*, aumentada, prologada y editada por César López, nos permite acceder a una de las obras centrales de la poesía hispanoamericana. Quizá no sea vano recordar que Lezama Lima fue, además de gran poeta, fundador y animador de varias revistas importantes, *Verbum* (1937), *Espuela de Plata* (1939), *Nadie Parecía* (1942) y, especialmente, *Orígenes* (1944), quizás junto con *Sur*, en la Argentina, y *Vuelta* en México, la revista literaria más importante de Hispanoamérica. Imposible olvidar su obra teórica, a veces indis-

tinguible de ciertos momentos de su gran novela *Paradiso* y de su prolongación, la inacabada *Oppiano Licario* (1977). Sus ensayos, de una erudición no siempre exacta pero siempre verdadera, son admirables por su amplísima curiosidad tanto como por su capacidad de ver en la diversidad el hilo conductor, la imagen que busca y otorga el sentido. Esos ensayos nos permiten, como en el caso de Borges, conocer, sobre todo, el propio mundo de su autor. Algunos de esos libros son *Analecta del reloj* (1953), *La expresión americana* (1957) y *Tratados en La Habana* (1969). ¿Cuándo se decidirá una editorial a recoger esta obra ensayística? Hay que repetir, una vez más, que no hay literatura en el olvido de los clásicos, y la mayor parte de la novela y poesía que se

publica denota ausencia de *literatura*.

Lezama Lima abarcó muchos mundos y los hizo su mundo, o quizás más exactamente y muy en la línea cubana de Severo Sarduy, Cabrera Infante, Gastón Baquero o, más en nuestros días, el poeta Orlando González Esteva, cubanizó el orbe. Sin salir de La Habana (sólo hizo un viaje a México y a Jamaica), logró convertir la isla en una matriz germinativa, capaz de reunir a Martí y la tradición popular cubana con el gnosticismo, Pascal, Santo Tomás de Aquino, Carpócrates, el *Wilhelm Meister* y Aristóteles. De su casa a su casa había un camino que pasaba por la China taoísta y el París de Mallarmé; lo inmediato inexistente mediado por la metáfora. Vivió desde niño hasta su muerte en la calle Trocadero, todo un símbolo de su labor literaria: el cambio, el trueque. Forzosamente hemos de recordar a Proust, un autor con el que a menudo se le ha comparado, a disgusto del propio Lezama, pero con el que tiene más de una semejanza más allá de los tópicos. Sin tratar de abundar en este tema (y sin

OTROS LIBROS DEL MES

MANUEL ANDRADE CASTRO (ed), *De la patria y sus héroes. Antología de la poesía cívica de México*, Planeta, 2000, 128 pp. De los clásicos de la lírica republicana—González Bocanegra, Fernández de Lizardi, Rodríguez Galván— a Efraín Huerta, Juan Bañuelos y José Emilio Pacheco, el antologador propone refrescar el concepto de poesía cívica, con una noción de patria que cambió desde 1968.

ANA CLAVEL, *Los deseos y su sombra*, Alfaguara, México, 2000, 310 pp. La Ciudad de México y sus enigmas en la primera novela de una autora mexicana (1961) que ya ha demostrado su valía como cuentista.

MALCOLM LOWRY, *El viaje que nunca termina. Correspondencia (1926-1957)*, Tusquets, Barcelona, 2000, 320 pp. El autor de *Bajo el volcán*, hijo adoptivo de la literatura mexicana por aclamación, dice en una de sus cartas: "Conocí a Djuna Barnes en Nueva York. Es la única, la genuina y gigantesca vampiresa de Gomorra. Pero con buen corazón. Ella estaba pintando una especie de demonio semifemenino en la pared, me reprendió abiertamente por el éxito del *Volcán*, me dio generosamente seis botellas de cerveza..."

HARALD WEINRICH, *Leteo. Arte y crítica del olvido*, Siruela, Madrid, 1999, 407 pp. Tratado comprensivo y sugerente sobre el arte de olvidar, paradójicamente olvidado por el ensayo filosófico. De Homero y Montaigne a Saul Bellow y Borges, hay una ruta del olvido por seguir.

tomar muy en serio la figura determinante de la madre y el asma en ambos) sólo señalaré que el autor de *La recherche* trata de recobrar el tiempo a través de la obra, imagen que le muestra, al final de la peregrinación, un *sobretiempos*, y Lezama se propone crear una *sobrenaturalidad*, no un doble del universo sino el mundo verdadero que nos permite oír lo inaudible y ver lo invisible.

Lezama está lejos de pensar que la metáfora, eje de su sistema poético, sea un elemento irracional del lenguaje, como ha pretendido entre nosotros Carlos Bousoño, sino que entiende la poesía, y la metáfora como procedimiento central, como un ente de razón cuyo fundamento es irreal, misterioso, insondable en la medida que colinda con lo numérico. ¿No es lo mismo que pensó André Breton en relación con la inspiración o el mismo Pascal al definir —en cita del mismo Lezama— la poesía como un arte incomprensible pero razonable? Su operación metafórica, de carácter hermético, se conforma, como hizo notar en su notable ensayo Guillermo Sucre, de manera distinta que en Góngora: no tiene un referente que, salvando los escollos, como hizo magistralmente Dámaso Alonso, corresponda a una lógica implacable: el cuadrado pino es una mesa, aunque no hay que olvidar que Góngora no quiso decir mesa sino cuadrado pino. En el caso de Lezama la metáfora huye hacia delante apoyándose, diríamos, en su propio vértigo, de ahí la confusión y, en sus mejores momentos, la brillantez inaudita que nos entrega. Góngora, poeta tan visual como Lezama pero mucho más eufónico, trabaja del lado de la luz mientras que la gran boa de la calle Trocadero lo hace del lado oscuro: es un poeta órfico. ¿No es *Dador* (1960) un descenso a esa oscuridad que exige del lector la cualidad de iniciado o de iniciante? De nuevo recurro al insoslayable ensayo de Guillermo Sucre: Lezama trata de “redimir la luz en la sombra y no al revés”. La imagen lezamiana a la que antes me he referido no es una amplificación retórica, como a veces ocurre en las novelas de su paisano Alejo Carpentier, sino un crecimiento, al modo de la estalactita, del ser, de aquello

que es. Es curioso el estatismo de sus poemas, y también de una obra como *Paradiso*: extraña y fascinante petrificación del fluido heraclítico en brazos del Uno de Parménides, por recurrir a dos filósofos habituales en su imaginario. Su poesía está llena de un continuo movimiento, de erotismo agónico y tentacular, pero siempre dentro de una totalidad estática. Podría decirse que la palabra fluye fija en la imagen. Esta paradoja quizás exprese el movimiento de un poema como “Para llegar a la Montego Bay” (*Dador*), un ejemplo entre muchos. La manera de operación metafórica que le sugerido supone una renovación de la tradición barroca, si no fuera porque su dimensión filosófica y su complejidad religioso-poética ya otorgan a su literatura una singularidad inencontrable en el resto de la literatura barroca latinoamericana de su tiempo. En cierta medida, Lezama continúa la tradición de “Primero sueño” de Sor Juana Inés de la Cruz, y guarda algunas semejanzas con su coetánea y amiga la filósofa María Zambrano, otra escritora que indagó sobre el otro lado de la realidad, sumergiéndose en el lenguaje para redimir a la naturaleza humana, y al lenguaje mismo, de su incompletud. Pero tengo que rectificar algo: Lezama es algo más que un escritor barroco: es autor de una obra única, desmesurada, colindante con el desvarío y la lucidez. Es un escritor de genio sobre una mano torpe a la que acaba sometiendo a un alto designio.

Las palabras alcanzan en Lezama la cualidad de máscaras en un sentido hiperbólico: es un lenguaje que se metamorfosea para reconocerse. El orfismo del autor de *Fragmentos a su imán* (su último libro de poemas, editado póstumamente) supone la creación de una máscara que es a su vez imagen que quiere alcanzar el rostro inmóvil del reconocimiento absoluto. Sólo a través de la hipérbola podemos acceder a nosotros mismos, sólo a través de la sobrenaturalidad (poesía), el poeta revela su condición: es una creación, un deseo asistido por la imaginación que toca sus orígenes; lenguaje que se adentra en el magma y que nos permite ver lo invisible, la transparencia. —

Viaja cómodo y seguro...



y disfruta las autopistas

y los servicios que

Capufe te ofrece:

- ✓ Seguro del usuario
- ✓ Tiendas de consumo
- ✓ Instalaciones sanitarias

 caminos y puentes

<http://www.capufe.gob.mx>

 BANOBRAS
BANKO NACIONAL DE OBRAS Y SERVICIOS PUBLICOS, S.N.C.